

José María Galiana prepara un compacto con la selección de sus mejores temas

El cantautor y crítico taurino repasará hoy su trayectoria en un recital en el Auditorio de Ceuti

ANTONIO ARCO • MURCIA

«Llevo un año sin componer nada», señala José María Galiana (Murcia, 1945), cantautor, crítico taurino, feliz vividor y colaborador de *La Verdad*. ¿Entregado a los toros? «Entregado a la vida», responde el compositor, a quien se debe

la recuperación de poetas murcianos como Vicente Medina y Julián Andúgar, a cuyos poemas él ha puesto música y voz, en una aventura que dura ya más de veinte años. Galiana —reacio a las fotos, a ser él entrevistado y al autobombo— prepara, para después del verano, su primer com-

pacto, que recogerá una selección de sus mejores canciones. Un repaso por el paisaje, las gentes y sentimientos de la tierra agrídulce que habita y en la que cree, Murcia, y a la que ensalza huyendo del paletismo imperante e invocando la lluvia (de agua e ideas nuevas).

José María Galiana fuma sin intermitencias, y el placer de la comida y el buen vino —y el buen güisquis— es innegociable. Pero no importa, el cantautor y crítico taurino (a Galiana se le lee con interés aunque se denosten los toros) asegura cantar ahora mejor que nunca: «Sin duda, ahora canto mucho mejor que antes. El truco es cantar mucho. No puedes dejar de cantar y seguir fumando, pero si fumas y cantas el cuerpo humano aguanta carros y carretas». Y aunque no aguante da lo mismo, porque José María Galiana —autor de elepés como *A Vicente Medina*, *Naranja y Limón* y *Papel de Leja*— no está dispuesto a dejar «de vivir la vida. Hay que emborracharse, hay que fumar, hay que conocer a la mujeres, a los hombres y a todo el mundo, y hay que, si te gusta y puedes hacerlo, cantar». Ahora lleva un año sin componer, «pero no me preocupa porque tampoco se trata de componer todos los días. *Papel de leja*, por ejemplo, lo compuse en quince días, y sin preocuparme mucho».

Autor de temas ya inseparables del bagaje musical de los murcianos, como sucede con *El entierro de la sardina*, Galiana, que conoce bien los resortes que movilizan tanto la risa como el sentimiento, la nostalgia y la rebeldía, está reencontrándose estos días con sus grabaciones de hace años, y el resultado del encuentro, indica, es satisfactorio: «Yo no suelo escuchar nunca mis grabaciones. Ahora lo estoy haciendo, para preparar la selección del C.D. y, bueno, la experiencia no está siendo mala. Para tocar la guitarra de aquella manera y haber trabajado siempre en solitario y con los medios mínimos, no está mal el resultado. Mis primeras canciones eran horrosas, pero poco a poco fueron surgiendo otras que, la verdad, las escucho ahora y me gustan, y esa es la mayor prueba de



José María Galiana, cantautor y crítico taurino, ayer en Murcia. /MARTÍNEZ BUESO

fuego que hay. El tiempo te echa en cara si algo no es bueno, y salvo alguna canción de las grabadas que no me terminan de convencer, la mayoría, en general, están bien». Canciones «grabadas siempre sin reverberaciones ni ecos, de una manera muy pura, demasiado pura quizás, porque tampoco tiene uno

por qué renunciar a la técnica. Y, eso sí, me apoyé en unos arreglos muy buenos de Ricardo Miralles, que es un genio como músico».

Esta noche, a las 22 horas, cantará en el Auditorio de Ceuti. «Cuando sales al escenario se pasa mucho miedo, sobre todo cuando no hay una continuidad en los reci-

tales. Sales al escenario acojonado», explica el cantautor. «Últimamente —añade— ya le he cogido el tranquilo y disfruto más en el escenario, y ese disfrute se tiene que transmitir al público, sin duda». Canta «a pelo, a ser posible sin micrófono, aunque sea perjudicial para mí, con la guitarra y sin ningún tipo de megafonía, siempre que la sala lo permita. Así es como debe ser».

«Mi música tiene dignidad, para ser yo una persona que nunca ha ido a un Conservatorio y que ha aprendido a tocar la guitarra y el piano de oído. Mi música no tiene ningún artificio, ni maquillaje», apunta Galiana, satisfecho por haber rescatado «a una serie de poetas murcianos que estaban totalmente perdidos, porque cuando yo grabé a Vicente Medina, por ejemplo, sus obras estaban muy dispersas y sólo lo conocían algunos mayores; en el caso de Julián Andúgar tuve que musicar sus poemas trabajando con algunas fotocopias que me dejaban. Mi trabajo contribuyó a que, de alguna manera, la gente supiera que existían esos poemas, y de eso me siento orgulloso».

Más que eco público, cuando canta busca «emocionarme yo. Si lo consigo me doy por satisfecho. Además, tengo la gran satisfacción de que cuando canto la gente se calla. Sabe lo que va a oír, no hay engaño posible, y ese silencio respetuoso y cariñoso es muy reconfortante». «Yo soy una persona de izquierdas», reconoce, «aunque ahora es confuso hablar de izquierdas y de derechas. Yo era ya de izquierdas en un tiempo difícil, cuando por cantar a Miguel Hernández llamaban a mi casa y me amenazaban de muerte». Dice: «No me arrepiento de haber apostado por los poetas de la tierra, aunque quizá poner música a Quevedo me hubiera dado más popularidad, ¿y qué?».

ESCENARIOS

MIGUEL RODRÍGUEZ LLOPIS

Alfonso X, Párraga y San Juan de Dios

Los pasados días 11 y 12 de abril, por azar de la historia, la iglesia murciana de San Juan de Dios recuperó, en parte, su más primitiva esencia: la de ejercer como panteón funerario; y la sociedad murciana interpretó, sin saberlo, la representación que muchos siglos atrás pensó para ella el rey castellano Alfonso X el sabio.

Corría el año 1277 cuando Alfonso X decidió fundar en Murcia un monasterio cisterciense en el Alcázar Real, donde existía una capilla de Santa María de Gracia. La idea del rey estaba clara: quería enterrarse en esta iglesia por dos razones: su predilección por Murcia, ya que había sido el primer reino que él había conquistado siendo aún infante, y la saturación de enterramientos que había en la Catedral, que la hacían poco apropiada para ser la tumba de un monarca. Por ello, ordenaba su enterramiento en Santa María de Gracia, donde años antes había mandado que cada sábado se reunieran los clérigos parroquiales de la ciudad para decir una misa por la salvación de los reyes de Castilla. Y, decidido a consolidar este culto funerario, fundó un convento cisterciense junto a ella para que «rueguen a Dios por nuestros pecados también en vida como en muerte», como bien ha estudiado en una reciente publicación el historiador murciano J. Torres Fontes con documentos que se conservan en archivos franceses.

Por circunstancias adversas del destino, nadie hizo caso de estas disposiciones reales. Alfonso X moría en 1284, su cuerpo se enterraba en Sevilla y su corazón en Murcia, al contrario de sus deseos. Con el paso de los siglos, en el monasterio alfonsino se instalaron los Hermanos de San Juan de Dios. Y la iglesia de Santa María de Gracia comenzó a ser conocida por los murcianos como San Juan de Dios. Pero otros cambios más sutiles ocurrieron en los siglos modernos que afectaron a la mentalidad y a la conciencia colectiva de los murcianos: la capilla de Santa María de Gracia continuaba siendo un prestigioso símbolo monárquico frente a la vecina Catedral y pronto el celoso cabildo catedralicio trasladó sus funciones y actos funerarios en honor de los reyes al altar mayor de la Catedral, desnaturalizando los deseos de Alfonso X en beneficio propio. Y, desde el siglo XVI, la actual iglesia de San Juan de Dios perdió su característica principal: la de ser un panteón real y un símbolo de identidad histórica para los murcianos. Los pasados días en que la capilla ardiente de Párraga quedó instalada en San Juan de Dios, la iglesia recuperó gran parte de su verdadero significado.

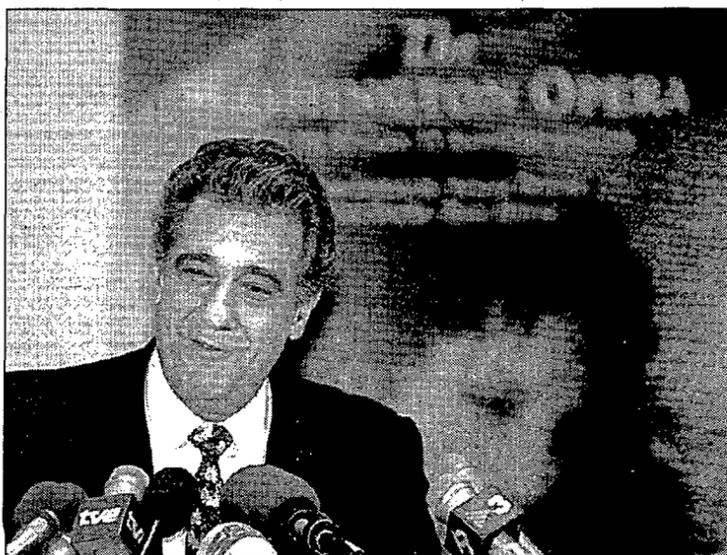
Domingo celebrará con 'Fedora' sus 30 años de éxitos en Viena

EFE • VIENA

El tenor español Plácido Domingo, de 56 años, celebrará el próximo 6 de mayo el 30 aniversario de su presentación en la Opera de Viena interpretando el papel de Loris en *Fedora*, de Umberto Giordano. Desde su primera actuación en Viena, el 19 de mayo de 1967, como Don Carlo en la obra del mismo nombre de Giuseppe Verdi, ha actuado nada menos que 194 veces en ese teatro, interpretando 27 papeles distintos en 163 funciones y dirigiendo a su orquesta titular, la

Filarmonía, en 27 ocasiones.

En mayo de 1992, con motivo del 25 aniversario de su debut, Domingo volvió a cantar el Don Carlo y fue condecorado en el escenario con la Cruz de Honor de Ciencia y Arte del Estado austríaco. En los cinco años transcurridos desde entonces, el tenor español más importante del siglo ha estrenado nuevos papeles, entre otros, el del Siegmund en una nueva versión de la *Valkiria* de Wagner, dirigida por Daniel Barenboim; de Juan en *Hérodiade* de Jules Massenet, en 1995.



El tenor Plácido Domingo, en una foto de archivo. /LV